

Recordar, compartir, aprender

Santiago de Compostela

Manuela Boo Carneiro, 80 años

M^a Teresa Pérez Franco, 23 años

MANUELA Y EL MIEDO A LA SOLEDAD

Manuela llora al recordar. A veces, las lágrimas más amargas son imposibles de borrar. Se acuerda de aquella niña, que nunca pudo disfrutar de la vida. Suele preguntarse por qué a ella, pero entonces se responde a sí misma, diciendo que hay cosas que te hacen ser más fuerte.

Si le preguntas por la guerra, era tan chiquilla, que sólo recuerda lo que es ponerse a trabajar. Lo hizo en el campo toda su vida, por lo que en su memoria, la guerra queda como una tela de fondo. Cuando se pasa tanta hambre, sólo puedes recordar el estómago vacío, y tus manos arañadas y duras por el trabajo. A veces, por mucho que lo intentes, no puedes luchar contra tu destino, por muchas oportunidades que le des. Y los otoños pasan lo que dura en llegar el invierno, y los años se deslizan a gran velocidad, y corriendo.

Su niñez y juventud se quedaron en un rincón vacío y negro, olvidadas, sin llegar casi a conocerlas. Ni siquiera pudo disfrutar de ellas. Hay vacíos que sólo se llenan con recuerdos...

No todos tienen la suerte de aprender a crecer, se dice a sí misma por momentos. No hubo cabida para sus sueños: quería irse de allí, y escapar,... pero ni siquiera la dejaron. De este modo, nunca pudo saber lo que era echar alas, y volar, tan lejos, que las pesadillas se quedaran atrás, pequeñas, llegando a desaparecer hasta convertirse simplemente en nada.

Recuerda intentar olvidar tiempos peores y amargos. Ojalá algunos no cupieran en su cabeza. Se ríe al recordar su primer pretendiente: un joven galán, con muchas promesas, pero poca palabra, que la dejó con sueños rotos, y embarazada. Pero las palabras no son promesas que se cumplen, y así como entraron por la puerta como si fueran luz de la mañana, abriendo un nuevo día, se fueron rápidas por la noche, dejándola abandonada, y con nuevas lágrimas.

Pero lo peor fue ver cómo sus hermanas se reían de ella por verla sola y embarazada. Con el tiempo, se olvidó de ello, y se casó con un viudo que la trataba con respeto. Algo que después de lo vivido, ansiaba casi más que el propio amor. Y tuvieron cinco hijos,... pero las dos únicas chicas murieron....

No hay nada peor en la vida, que perder aquello que ha formado parte de ti; ningún padre debería vivir para ver enterrar a sus hijos, dice. Aunque haya sido decisión de Dios... Cuando ves morir a tus hijos, no aprendes de la vida, simplemente, prefieres que fuera tu vida la que se hubiera llevado el viento,...

Y entonces, como lágrimas perdidas en su vida, que caen lentas en su viaje hacia lo efímero, se vio sola en el mundo, no sabiendo cómo mantenerse y aguantar, y volviendo a caer,... y sólo hallando vacío ¡Y se veía cayendo, y no encontraba donde poder agarrarse!

Sintió vacío el corazón, cada recuerdo era una lágrima; no sabía cómo mantenerse de pie. Y volvía a caer, cuando volvía a recordar, iba perdiéndose... despacio. Le daba al destino una nueva oportunidad, Intentando escapar de la soledad, pero volvía a caer... y a caer... A veces, caminas por calles llenas de gente, pero nadie se detiene para preguntarte si te encuentras bien, nadie repara en el detalle de tu grito en silencio, del eco callado...

El vacío se volvió oscuro, como negra noche inundada por la niebla. Pasos vacilantes que no saben qué camino tomar, porque no llegan a ver la senda. Y entonces apareció él. Rocío de la mañana, agua para el sediento, senda para el caminante en su largo caminar. Alguien que le ayudó a no estar sola, que le tendió una mano al andar.

Tal vez, sí aparezcan gratos recuerdos al final de su travesía, que le ayudan a sobrellevar los tragos amar-

Recordar, compartir, aprender

gos. No transmite su sabiduría sobre la vida. No le apetece hablar sobre ello. Ella dice que es tan amarga, que ojalá pudiera cubrirla con una manta y así borrarla. Si le preguntas por un sueño que quisiera cumplir, dice que no cree en ellos. Después de haber tenido su vida, sólo quiere aquello que se merezca. No todos tienen la suerte de tener un paseo en su viaje por la vida. A veces, incluso desearías haberla cruzado con los ojos cerrados, y a ciegas. No todos tenemos la fortuna de ver cumplir nuestros sueños.

Cuando todo desaparece, y solo queda seguir adelante, a veces tu único salvavidas para seguirlo intentando, es aquello que parece que ya es imposible de lograr. Los sueños eran como luciérnagas en medio de la oscuridad, focos que alumbran a barcos perdidos en medio del mar, pero que eran naufragios de los que después nadie llegaba a recordar. Veleros cargados de esperanza estampados contra rocas muy afiladas, que, casi imperceptibles, te rasgaban el alma como cuchillo.... Simplemente, a veces, hay pájaros que no pueden volar. Y solo puede uno conformarse con lo que hay, o con lo que queda de resquicio de nuestros sueños.

Aunque el alma se rompa cada vez que recuerdes, no por ello tu vida es menos importante que la de los demás. Tal vez si cabe, aún lo es más, pues después de toda la lucha llevada a cabo, y de todas las batallas perdidas, es increíble el hecho de que aún te sigas manteniendo en pie. Los sueños inalcanzables, tal vez se puedan cumplir como últimas voluntades. Es increíble, pero aún queda un hueco muy pequeño para la esperanza, que es lo único que, de manera asombrosa, el ser humano sigue manteniendo a lo largo del tiempo.

Al final de todo, es lo último que se pierde, a pesar de todo lo vivido. Los vacíos son llenados a veces con lágrimas que se convierten en alas para volver a soñar, aunque éstas desaparezcan casi tan rápido como aparecen. Tal vez por fin le ha llegado el momento de hacerlo ahora, y poder ver algún sueño cumplido...tal vez... Tal vez...

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“He sufrido mucho en mi vida; lo he pasado muy mal a lo largo de ella. Lo que he aprendido, es que al final, lo más importante y que tiene valor, es poder tener la conciencia tranquila, y saber que estás tranquila con respecto a ello. Nací en el año 1928, en Arzúa. Ahora mismo tengo 80 años y siete meses. He trabajado en la tierra, en el campo toda mi vida, desde que era una niña. Era la segunda de cuatro hermanas. He trabajado toda mi vida para que mis hijos estudiaran, aunque no pude pagarles los estudios.

Tenía ocho años cuando empezó la guerra, pero de lo único que me acuerdo, es tener que ir a buscar hierba para los animales a Kilómetros de distancia de nuestra casa. Fui muy esclava, y no tuve juventud, ni nunca disfruté de ella.

Algo que también he aprendido, es a no querer quedarme sola en esta vida; que no hay nada más importante que la familia, y que los tuyos estén contigo, a tu lado, hasta el final. Hubo una vez en que me vi sola, y en la que me quise suicidar, y no seguir existiendo. Pero por suerte, seguí adelante.

He llevado una vida muy amarga, pero algo que siempre me quedó claro es que, en esta vida, hay que ser humilde y trabajador; y que nunca te tengas que arrepentir de tus acciones. Con 66 años, me casé por segunda vez, y él es la persona que más me respeta, y nunca me deja sola. Mis hijos tienen su vida, pero ahora puedo decir que no me siento sola con él a mi lado. Tengo que operarme del ojo derecho, es lo que más me preocupa ahora mismo,... y también que, llegado el momento, mis hijos estén a mi lado, cuando los necesite, y no me fallen.

Me duele muchísimo recordar. Tuve dos hijas; una murió de un tumor, y no hay nada más doloroso que ver morir a tus hijos. En la mejor época de mi vida, lo he pasado muy, muy mal. Algo que no deseo, ni al propio diablo. Es difícil ser fuerte a veces. Pero lo importante, es lo que ya te he dicho: tener a la gente que amas a tu lado, y ser siempre honrado y trabajador, para saber que tú no tienes remordimiento de conciencia por nada de lo que has hecho en tu vida. Después, las cosas van llegando, y tú por ti mismo, tienes que aprender a ir las pasando, con fuerza”.